

nes para conservar las heredades recibidas, llegaron a justificar todos los excesos, y, es más, los hechos infames fueron considerados solo motivos de broma; así la fuga de Héctor cuando a los quince años abandonó la casa para trotar durante más de un año al lado de una partida de saltimbanquis, para volver luego a crear infinidad de problemas a su familia.

Ella venía actuando desde hacía muchos años como la espía de unos contra los otros, coadyuvando con el destino o tratando de encarnarlo para desunirlos, para debilitar los férreos lazos con los que parecían estar unidos, y aunque a la postre sus esfuerzos en tal sentido resultaban nulos, el goce de la denuncia ya no se lo quitaba nadie. Los años le conferían la prerrogativa de decir cosas que no se le hubieran permitido a otra sirvienta, ni siquiera a una amiga, porque de todos era sabido y por todos aceptado que ella dejaba muy atrás esos calificativos, que era en realidad una de las columnas que sostenían la casa de los Ferri. Sus sudores, sus lágrimas, sus sobresaltos, su larga permanencia en El Refugio, sus amoríos con don Francisco por ninguno ignorados en aquella casa y sobre los cuales sus descastados sucesores se permitían hacer escarnio con bromas repugnantes, su abnegado deambular con la familia en los tiempos amargos del exilio¹⁷; todo ello le había ganado los méritos suficientes para que se le considerase como parte integrante de la casa, como una depositaria más de la cuota de maldad, intriga, rencor, de confusas pasiones soterradas necesarias al sostenimiento de los Ferri, únicas con las que se podía tratar de igual a igual con aquella gente castigada por la fiebre. El lacerante dolor en los tobillos y en las rodillas la martirizaba cual si le clavaran alfileres candentes. Comenzó a quejarse, a gimotear, a proferir apagados lamentos, creyen-

¹⁷ Es decir: durante el tiempo de la Revolución mexicana, en que muchos hacendados o terratenientes tuvieron que exiliarse.

do sentir un momentáneo alivio, para darse inmediatamente cuenta de que de esa manera se sentía bastante peor, y no era que los dolores se le hubieran agudizado, sino que el ánimo se le había abatido de tal modo que llegó el momento en que con terror se descubrió definitivamente postrada, incapaz de intentar el menor movimiento. Las piernas dejaron de transmitirle respuesta alguna y todo el cuerpo no fue sino un enorme saco de congojas. Con dificultades puso una mano sobre la frente y al sentir la intensidad de la fiebre se dejó invadir, perpleja, alarmada, por un difuso sentimiento de angustia. Se daba cuenta de su gravedad y no había nadie que pudiera llamar a un médico para que acudiese a salvarle la vida, porque aunque el digerir esa idea le costase un increíble esfuerzo, lo cierto era que comenzaba a penetrar en los socavones de la muerte.

Le era imposible aceptar el hecho ya que desde hacía mucho tiempo, poco después de la muerte de Antonieta, había llegado a convencerse de que habría de sobrevivir a los Ferri, de que llegaría el momento en que de sus manos caería en la fosa del último de ellos un puñado de tierra, y a abrigar la sospecha de que un día podría ver la casa en la que ahora sola, abandonada, rumiaba su desesperación y su desdicha, golpeada y vencida por la conjugada acción de los elementos. Al principio la revelación la cegó y llegó a exagerar sus pretensiones. Ahora sospechaba que no lograría ver en ruinas la casa del pecado, pero en lo que no podía equivocarse, ¡ni pensar que ello fuese una vana presunción!, era en que habría de sobrevivir a los Ferri. ¿Por qué, si no, ella que nunca en su vida había sabido lo que era el mundo de los sueños, comenzó a soñar constante, desenfrenadamente después de la muerte de la puta, y siempre con el mismo tema? De la vieja casa del Refugio salía un ataúd que arrastrado por dos caballos se perdía en el horizonte. Aunque jamás contempló en el sueño un rostro o algún signo que hiciera posible la identificación del cadáver que dentro del ataúd viajaba, sabía que se trataba de uno de los

Ferri. La noche en que Nina vino al mundo —ella no había querido irse a la cama sino hasta después de ver a la recién nacida— soñó, y eso a las pocas horas del alumbramiento, que caminaba por los pastizales de la hacienda. Iba en busca de flores porque presentía que alguien estaba a punto de morir y era necesario adornar la tumba, cuando de pronto oyó el estridente y ya tan conocido piafar de los caballos¹⁸. Alzó la mirada y se encontró con los dos negros corceles que arrastraban un pequeño ataúd de oro; se acercó y arrojó las flores, dalias silvestres¹⁹, al pequeño cofrecito, sabiendo desde ese momento que allí iba el cadáver de la pequeña Nina, nacida hacía apenas unas cuantas horas. Si la Divina Providencia le enviaba esos sueños premonitorios, no cabía duda de que era para transmitirle un mensaje, para advertirle algo, y ese algo no podía ser sino la futura desaparición de la familia. Pero ahora sucedía que era ella quien moría, en tanto que la gente que la había envilecido al hacerla testigo de su maldad y su lascivia, seguía disfrutando alegremente de los goces de la vida. Dios no podía hacerle eso a quien había vivido siempre para Él, a quien no obstante el estar inmergida²⁰ durante tantos años en la oscuridad de un mundo pagano jamás creyó apartarse de los santos preceptos. Dios cumplía siempre sus promesas y a ella le había hecho una. ¿Por qué entonces le había mandado noche tras noche esos desapacibles sueños? Aceptaba que en un principio se había dejado llevar por la imaginación hasta creer que llegaría el momento en que podría presentarse frente a la casa en ruinas, años

¹⁸ *Piafar*: «Dicho de un caballo: Alzar las patas delanteras alternativamente, haciéndolas caer con fuerza y sin avanzar» (*DLE*).

¹⁹ La *dalia* (*Dahlia*) es una planta herbácea originaria de México y Centroamérica de la que existen numerosas variedades, más de la mitad de ellas consideradas *silvestres*. En general se la conoce por sus flores de variados, vivos y bellos colores.

²⁰ *Inmergida* vale por *immersa* o *sumergida*, que son las formas habituales que registran todos los diccionarios.

después de la desaparición del último de ellos, cuando el tiempo ya hubiese podido realizar el derrumbe. Pero tal ilusión fue desechada por no haber sido ratificada jamás en los sueños.

Ya no sentía los dolores, ya no sentía el cuerpo. ¿Sería eso la muerte? Tendría que encomendar su alma al creador. Pero le fue imposible orar porque un extraño sopor de duermevela se apoderó de ella. Desde el fondo del cuarto oyó el relinchar de los caballos, más estridente que nunca, y luego los vio correr desbocadamente, entregados al placer del galope. No eran los habituales. Era un largo tren de alazanes y tras ellos, estrellándose, retumbando con las piedras del monte un ritmo sincopado de locura, una larga hilera de ataúdes de todos los tamaños. Despertó en un soplo. Dios cumplía al fin lo prometido. Los Ferri, todos los Ferri, habían muerto. Tal vez, como lo había imaginado poco antes, los dos automóviles habían sufrido un accidente del que no se había salvado uno solo de los que por tantos años fueron sus compañeros en la vida. Veía el siniestro con tal nitidez que parecía que estuviese ocurriendo frente a sus ojos: coches incrustados uno dentro del otro y una enorme masa sanguinolenta, informe y contrahecha entre láminas metálicas y hierros retorcidos. Un nudo se le formó en la garganta. No sentía ninguna alegría de que ya se hubiese efectuado el hecho por mucho tiempo aguardado; si acaso, una desconsoladora tranquilidad al saber que el destino se había realizado y que podría morir en paz porque la Divina Voluntad se había cumplido una vez más, como lo prometiera a la más oscura de sus siervas. El telón había caído sobre seis generaciones de hombres que durante más de un siglo habían promovido el terror²¹, la admiración, el odio, el amor, susci-

²¹ No son seis, sino cinco generaciones de Ferri. Siempre fueron cinco, incluso en la primera versión del cuento. Pueden verse los árboles genealógicos en el Apéndice 2.

tando todas las pasiones, llevando a los límites la ternura y la violencia; vivido siempre en los extremos, y deparado los goces y dolores más profundos al corazón de la que ahora, con mística devoción, encomendaba su alma al Señor. Se fue sumiendo en un tranquilo letargo que adivinaba era el pórtico de la muerte, el término de tantos trabajos y aflicciones para encontrar el goce eterno. Las oraciones se confundían entre sí. Comenzaba una y mil veces el magnificat, para sin darse cabal cuenta confundirlo con la salve o el avemaría. De aquel marasmo vino a sacarla el ruido de voces y de pasos. Se abrió la puerta y tres caras sonrientes asomaron para preguntar qué pasaba con ella; hacía ya una hora, dijeron los niños, habían llegado de la hacienda y a su abuela le había extrañado no verla en todo ese tiempo. No pudo oír más. Sintió el frío de la muerte y apenas tuvo tiempo para arrepentirse de sus oraciones, para tratar de borrarlas con un borbotón de incongruentes maldiciones y sacrílegas befas dirigidas a Aquel que la había hecho víctima de tan cruel confusión. Y expiró. En el trance final pudo ver aún a los tres niños reír incontinentemente ante sus muecas.

México, 1957